



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

**Domingo de Resurrección
4 de abril de 2010**

Queridos hermanos y hermanas:

Si cada domingo, para los que creemos en Jesús, reunirnos para celebrar la Eucaristía es una verdadera fiesta, hoy lo es de una manera especial. Hoy celebramos la fiesta más importante del año litúrgico: celebramos el triunfo definitivo sobre la muerte del nuestro Señor, celebramos su Resurrección.

Lo que parecía muerte... se ha vuelto vida; lo que parecía fracaso... se ha vuelto triunfo. La muerte y el pecado no tienen ya la última palabra pues la última palabra la tienen la gracia y la vida.

Éste fue el gran anuncio, la gran noticia que estuvimos escuchando durante toda la liturgia de la Vigilia Pascual de la pasada noche: alégrense los coros de los ángeles, alégrense toda la tierra porque Cristo ha resucitado.

La invitación a la alegría no es sólo como solidaridad por el triunfo de Cristo. No.. Estamos alegres porque su triunfo es nuestro triunfo, porque en su resurrección hemos resucitado todos. Ésta es la gran noticia y la gran invitación que acabamos de escuchar en la Palabra de Dios que hemos proclamado.

En el evangelio aquellos discípulos iban al sepulcro donde habían enterrado a Cristo y estaban seguros de encontrarlo allí muerto. Pero la sorpresa fue grande: ¡Cristo no estaba allí!

En los Hechos de los Apóstoles hemos escuchado como aquellos discípulos contaban a todo el mundo lo que había sucedido: cómo lo habían condenado y lo habían matado pero cómo a los tres días había resucitado. Y ellos eran testigos de ello porque el mismo Jesús había estado comiendo con ellos después de la Resurrección.

San Pablo nos urge a vivir como resucitados, como personas que han muerto a la vida de pecado y han resucitado a una vida nueva.

Pero ¿qué quiere decir todo esto para nosotros? Que no podemos quedarnos en el Viernes Santo: A veces vivimos los días anteriores a la Resurrección -la celebración de la entrega, Pasión y Muerte del Señor- con verdadero fervor pero no vivimos de igual manera la Resurrección, siendo así que su Pasión y Muerte no tendrían sentido si Cristo no hubiera resucitado porque, entonces, estaríamos celebrando un fracaso y nosotros seríamos los seguidores de un fracasado.

Cristo murió pero ha resucitado; su destino no ha sido la muerte sino la resurrección; no seguimos a un muerto ni a un fracasado ni somos unos fracasados sino que somos seguidores de un Cristo vivo, resucitado y vencedor de la muerte.

Nosotros participamos ya de su victoria y lo haremos plenamente cuando después de nuestra muerte terrena entremos para siempre a poseer el Reino eterno que Cristo nos ha ganado con su muerte y su resurrección.

Entonces ¿cómo hemos de vivir en nuestro corazón la resurrección de Cristo?

1. Con una alegría desbordante porque lo que parecía un fracaso es un triunfo; lo que sonaba sólo a muerte es vida; porque Cristo muerto por amor a los hombres ha resucitado a la vida y nos ha hecho partícipes de su resurrección pues en su resurrección hemos resucitado todos.

Por eso, debemos vivir ya desde ahora muertos al pecado y vivos para Dios. La resurrección de Cristo y nuestra participación en ella nos piden vivir nuestra vida como una vida nueva, con un estilo nuevo: habremos de vivir como resucitados también nosotros porque hemos resucitado con Él y, por lo tanto, no hay lugar para el pecado, que es muerte, sino para la gracia que es vida. Sí. Vivir como resucitados nos pide encarnar en nosotros esa vida nueva de Cristo, desechando el pecado y viviendo la verdadera vida de la gracia.

Y, ante todo, deberemos ser testigos de esta gran noticia con nuestra vida, como lo fueron los apóstoles, y anunciarla con valentía como ellos hicieron. Aquellos discípulos, cuando Jesús muere, se esconden en casa por miedo a los judíos. Aún no habían entendido que Cristo les había dicho que resucitaría al tercer día.

Por eso cuando Cristo resucita y se les aparece vivo y resucitado se van a transformar de cobardes en valientes e intrépidos seguidores suyos, y lo van a proclamar con toda valentía: *“Aquel a quien vosotros matasteis colgándolo de un madero, Dios lo ha resucitado; y nosotros somos testigos de ello y venimos a anunciároslo”*. Ya no van a tener miedo y, así, van a dedicar su vida a anunciar a Cristo muerto y resucitado por amor a los hombres y que nos ha hecho partícipes a nosotros de la Redención.

Nosotros somos llamados a ser testigos de Cristo resucitado en nuestro mundo actual: en un mundo sin Dios, cargado de laicismo, empeñado en expulsar a Dios del mismo y en no reconocer su presencia, nosotros tenemos que ser testigos de que Dios sigue presente en nuestro mundo, que Dios nos acompaña en cada momento, que Dios sigue dirigiendo el mundo; en un mundo sin esperanza hemos de proclamar que Cristo sigue vivo, que ha resucitado y nosotros participamos de su triunfo, y que un día poseeremos su misma gloria si somos capaces de orientar y vivir nuestra vida desde sus criterios y estilo.

Y esto es razón más que suficiente para tener esperanza, incluso en los momentos malos y de dificultad, en los momentos en los que parece que se nos cierran todas las salidas, porque Dios vivo sale a nuestro encuentro.

Sí, hermanos y hermanas. En un mundo de muerte, de muerte de inocentes e indefensos, de terrorismo y de guerras, en un mundo de infravaloración de la vida humana, hemos de proclamar el Evangelio de la Vida; hemos de hacer notar nuestro convencimiento de que Cristo vive y da la vida; de que sólo Él es Señor de la vida y nosotros no tenemos derecho ninguno sobre ella pues sólo somos administradores que debemos respetar la vida propia y la de los demás.

En definitiva, hermanos y hermanas, en un mundo de tristeza, lleno de egoísmos e insolidario nosotros, con nuestra vida, hemos de proclamar la verdadera alegría porque amamos, porque somos solidarios con los necesitados, porque la Resurrección de Cristo nos ha hecho a todos hermanos llamados a querernos como Él nos quiso; a compartir entre nosotros lo que somos y tenemos. Por eso cuando hacemos esto nos sentimos alegres y felices y expresamos nuestra alegría porque no es una alegría superficial ni exterior sino la alegría que brota del corazón.

Hoy es un día de felicitaciones. ¡Felices Pascuas; vamos a desearnos los unos a los otros cuando nos encontremos. Que en nuestra felicitación vaya incluido nuestro deseo: que Cristo resucitado reine en nuestra vida para que vivamos a partir de ahora como verdaderos resucitados con Él.

¡FELIZ PASCUA DE RESURRECCIÓN PARA TODOS!

**✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria**